

Reflexiones sobre la reconstrucción geohistórica

Julio GARCÍA DELGADO*

*Universidad Nacional Experimental "Rafael María Baralt"
Colectivo de Investigación Dinámicas Geohistóricas, Representaciones y sostenibilidad
juliogarciad@hotmail.com*

A modo introductorio

La posmodernidad se caracteriza fundamentalmente por el replanteamiento y su consecuente puesta en duda de la razón de ser de las cosas, en tanto que se replantea la naturaleza epistémica de las ciencias. En este sentido, lo posmoderno cuestiona los fundamentos epistémico-ontológicos, basados en la concepción positivista, en la cual lo mensurable y cuantificable constituyen criterios para la validación del conocimiento científico, en donde lo "objetivo" antecede a lo "subjetivo", lo racional a lo emocional, y donde las ideas quedan subordinadas a la experiencia. Es un cuestionamiento, cada vez más evidente hacia el modelo positivista, si bien los trazos que desde el conjunto de movimientos e ideas agrupadas en lo que se denomina "postmodernidad", una suerte de término paraguas, no han adquirido una fuerza contundente para desplazar, de una vez por todas, al pensamiento empírico-positivista.

Para Delgado y Rist (2016) en estos momentos, las ciencias tanto naturales como sociales, así como sus aplicaciones el modelo de desarrollo económico, social y sus diversas aplicaciones padecen un contexto paradójico: la exclusiva aplicación de las ciencias –sean sociales o "naturales" a la reproducción de distintas formas del modelo de libre mercado; en tanto que, simultáneamente, representan una esperanza para la búsqueda de soluciones para la crisis política, social, financiera y ambiental que ponen en riesgo la vida del planeta (p.36).

* Docente e investigador de la Universidad Nacional Experimental "Rafael María Baralt", adscrito al departamento de Ciencias Sociales.

Si bien el conjunto de movimientos agrupados bajo la categoría “posmodernidad” han estado en el tapete de la opinión pública desde finales del siglo XX, particularmente en la crítica y –en muchos casos– la negación del modelo empirista-positivista, y en un repunte del reconocimiento hacia el relativismo –en sus distintas dimensiones–, el revisionismo epistemológico, por lo menos en las ciencias sociales –para lo que a efectos de este ensayo respecta–, particularmente en la historia y geografía ya desde principios del siglo XX se venían gestando movimientos dentro de estas disciplinas que venían desafiando el pensamiento positivista, aunque la impronta de dichos movimientos se haría patente a fines de la centuria. Los *Annales*, la visión humanista de la geografía de Ratzel y Vidal de la Blache, enfoques integradores como la geohistoria braudeliana, la etnohistoria, entre otros, son uno de las tantas propuestas que van marcando el quehacer de las ciencias sociales.

Nos proponemos en estas líneas reflexionar sobre “Reconstrucción geohistórica”, tanto categoría, como método para el abordaje de los estudios de las localidades. Para tal fin, se abordan los principales elementos constituyentes de dicho término, así como los distintos resortes teóricos que dan forma a esta manera de investigar. Son palabras de inicio sobre la reflexión de los elementos fundamentales para un abordaje geohistórico de las comunidades.

Inter y transdisciplinariedad como norte epistémico en las ciencias sociales

Para Brom (2003), se denomina ciencia a un conjunto de actividades de orden intelectual destinadas a conocer e interpretar la realidad, así como a los diversos estudios realizados por instituciones dedicadas a la investigación, o también al propio conocimiento elaborado. Si bien ese modelo de ciencia se considera como estático y constante, es oportuno recordar que lo que hoy denominamos ciencia es producto de occidente, eurocéntrica desde sus orígenes geográficos, nacida en la filosofía griega y luego en la ilustración europea (Delgado y Rist, 2016). Partió, en un principio, de una visión mecanicista del mundo, priorizó los métodos positivistas y cuantitativos al organizarse en campos especializados: disciplinas que siguen sus propios marcos teóricos (ibíd.). Universidades, institutos de investigación, en fin, las comunidades científicas aceptaron y acogieron este modelo de ciencia en la que lo empírico prima sobre las ideas, en aras de la cuantificación del saber, que no solo justificaban sus conocimientos frente a los saberes “no científicos”, sino que legitimaban el dominio de occidente frente al resto de las civilizaciones del mundo.

Si bien este modelo de ciencia se mantuvo dominante hasta fines del siglo XX, e incluso todavía en pleno siglo XXI parte de la comunidad científica lo sigue asumiendo como modelo válido para la producción y reproducción de conocimiento, surge el paradigma cualitativo, basado en el constructivismo que devino en una ampliación del fundamento epistemológico y ontológico del positivismo con otros fundamentos cognitivos o, asimismo, prioriza el entendimiento como actividad subjetiva y empatía de los procesos sociales por encima de su explicación, “a partir de supuestas súper-estructuras sociales que determinan el desarrollo societal” (Delgado y Rist, 2016:38).

En ese proceso de reconceptualización de la relación entre la ciencia –más específicamente, occidental moderna– y la sociedad tuvo eco en el desarrollo de la multi, inter y transdisciplinariedad. La primera, la multidisciplinariedad, implica el conocimiento de varias disciplinas a un tema específico desde su espacio epistémico, sin una integración epistémica, o simplemente, la interacción entre las distintas ramas de saber se limita exclusivamente al objeto o sujeto de estudio. La segunda, la interdisciplinariedad, implica un abordaje múltiple de un proceso o fenómeno desde distintas disciplinas, abarcando un punto en específico, en donde la integración epistémica es parcial y todavía mantienen las particularidades desde cada disciplina, sacando una parte del conocimiento, pero no del todo. Por último, la transdisciplinariedad, enfatiza la necesidad de proyectar la producción del conocimiento científico más allá de sus disciplinas de origen, en donde se genera una interacción epistémica completa –por decirlo de algún modo– abarcando todos los ámbitos de estudio desde cada rama del conocimiento, transversalmente, e incluso, originando nuevas miradas producto de la integración de las distintas ciencias.

Para García (2006) la interdisciplina implica, entonces, el estudio de problemáticas concebidas como sistemas complejos y que el estudio de sistemas complejos exija de la investigación interdisciplinaria. Entretanto, Nicolescu (1996, en Delgado y Rist, 2016:40), argumenta que la transdisciplinariedad es relevante para todo lo que se halla entre disciplinas, así como lo que atraviesa y traspasa las disciplinas. Asimismo, la transdisciplinariedad toma en consideración que la ciencia, en un sentido amplio y reconceptualizada, es parte de los procesos que describe y por ello, se involucra en las dinámicas sociales que moldean el mundo. También reconoce la pluralidad de “las formas de conocimiento, de las visiones de mundo y los valores éticos que se conectan a ellos dentro de distintos grupos sociales y culturales” (Scholz et al., 2000, en Delgado y Rist, 2016:41).

Entonces, para poder hablar de inter y transdisciplinariedad, es necesario un diálogo intercientífico, el cual generará, necesariamente, un aporte epistémico. En muchos casos, las denominadas ciencias auxiliares, son resultado de un abordaje epistémico inter y multidisciplinario. El diálogo intercientífico puede entenderse, según Delgado y Rist (2016) desde dos perspectivas: la primera considera el diálogo entre dos ciencias o disciplinas científicas, por ejemplo, un diálogo entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. En esta perspectiva, el diálogo se enmarca dentro de un mismo paradigma constituido por su propia epistemología, gnoseología y ontología.

Un ejemplo de lo anterior podríamos visualizarlo en lo que se denomina la antropología histórica o variedad “antropológica” de la historia¹, o etnohistoria. En tal caso, se puede decir que es una ‘nueva historia’ –aunque quizá no tan nueva, dado que desde mediano de la década de los setenta del siglo XX, la historia y antropología han recurrido una a la otra, generando un diálogo que logra una configuración para sí misma una identidad mezclada, situación que problematiza su estatus epistemológico. Así también lo problematiza el surgimiento de nuevas preguntas acerca de su condición como campo de estudios resultado de los desarrollos internos de las disciplinas que la generaron y de los importantes cambios que han venido experimentando. (Areces, 2008).

La geohistoria como producto de un diálogo intercientífico

Otro ejemplo –que nos atañe directamente para efectos de estas palabras– es la denominada geohistoria. Para muchos, considerada una ciencia de hecho y derecho propio, para otros una mirada inter y transdisciplinaria producto del diálogo intercientífico entre la historia y geografía, permite descubrir y precisar en un periodo histórico determinado, las relaciones económicas, políticas, religiosas e ideológicas internas y externas de una comunidad, lo que constituye el análisis y la síntesis de la organización y estructura del espacio.

1 “Desde hace ya más de un siglo, la verdadera historia científica ha peleado abiertamente para dejar de ser ese simple instrumento de legitimación de los poderes estatuidos, tratando de distanciarse tanto de la “historia” oficial -en verdad, más bien simple crónica de las conquistas, de las victorias y de los ‘logros’ de esos mismos poderes-, como de las distintas versiones de la igualmente limitada y sometida historia tradicional. Ya que es imposible hacer una historia seria, de cualquier hecho, fenómeno o proceso, en cualquier momento o etapa del “pasado” o del “presente”, que no muestre en su análisis la necesaria finitud y caducidad de lo que se estudia, haciendo evidentes el carácter efímero y los límites temporales de ese problema investigado, y subrayando el obligado cambio histórico al que están sometidos todos esos procesos, fenómenos y sucesos mencionados” (Aguirre Rojas, 2005:23).

Producto de un diálogo intercientífico entre historia y geografía, específicamente dentro de la corriente historiográfica denominada *Annales*, desde Francia, particularmente entre 1929 y 1989, cuyo fin principal fue –y en gran medida sigue siendo– la crítica al quehacer histórico positivista, basado en los preceptos de Ranke (Aguirre Rojas, 2005 y Burke, 2003) en el que pretende que la historia sea “narrar los hechos tal como sucedieron”, apegándose al documento escrito oficial como fuente valedera y la primacía de los hechos políticos para la construcción de una historia nacional. Los *Annales*, destacándose Marc Bloch, Lucien Lefebvre, Fernand Braudel, Jaques Le Goff, entre otros como sus principales exponentes, constituiría una suerte de rebelión frente a esta historiografía positivista, en un cúmulo de diversos proyectos intelectuales, que corresponde a la reproducción de ciertos trazos que caracterizan, en general, a todas las nuevas historiografías desarrolladas durante el siglo veinte XX histórico, trazos que contraponen a esas historiografías con casi todos los modelos desarrollados dentro del siglo diecinueve, a la vez que los vincula con ese proyecto pionero y excepcional que, en los estudios históricos, ha representado el proyecto teórico-crítico de Marx (Aguirre Rojas, 2005:24).

Para Braudel (1980), la geohistoria es la geografía humana misma desde el punto de vista histórico, cuya finalidad es fusionar el espacio y el tiempo, ya que ambos son medios para el conocimiento de los hombres, como elementos insolubles del accionar del ser humano. Por otra parte, la geohistoria, argumenta el autor, es el método más apropiado para un estudio de historia regional, ya que aborda la geografía humana, la historia económica, social, cultural y antropológica de alguna localidad, desde la interdisciplinariedad, el estudio holístico y de campo de algún espacio determinado.

A la par con gran parte de las ideas planteadas en el cúmulo de proyectos englobados bajo el término *Annales*², La pretensión de esta nueva interciencia, la geohistoria, es la de intentar la superación de la antigua concepción positivista del saber geográfico de una geografía descriptiva, construida en

2 “Entonces, más que hablar genéricamente de Escuela de los Annales, es necesario entrar a analizar con detalle las principales continuidades y discontinuidades que jalonan su ya considerable periplo, vinculando a esos diferentes proyectos intelectuales que conforman a sus diversas fases de vida, con los también distintos períodos y contextos generales que las enmarcan. Con lo cual, el propio término de “Escuela de los Annales” podría ser redimensionado y redefinido, como un término que entonces designe solamente al conjunto completo de esos heterogéneos y múltiples proyectos intelectuales, lo mismo que a la síntesis global de esas muchas historias paralelas, que en la dialéctica compleja de sus confluencias y de sus divergencias específicas, han terminado por construir finalmente a la curva global de itinerario singular de la corriente annalista” (Aguirre Rojas, 2005:7).

gran medida por Humboldt a fines del siglo XVIII, encargada fundamentalmente de establecer una pormenorizada enumeración de los elementos del espacio físico organizados en compartimientos estancos como clima, relieve, geología, hidrografía, suelo y vegetación sin la necesaria articulación entre ellos y con el hombre (Morales Lesseur, 2014:285). Asimismo:

En síntesis, la geohistoria como interciencia, es la teoría general y relacional sobre la espacio-temporalidad, que arma la trama argumentativa que accede la interpretación de los procesos espaciales articulados a su organización y dinámica desde condiciones históricas determinadas. Es la perspectiva temporo-espacial del análisis espacial que sintetiza lo diacrónico-sincrónico. Lo diacrónico como interpretación de los procesos históricos a lo largo del tiempo y lo sincrónico como visión y análisis de la estructura del espacio como producto social. Así mismo su condición de saber relacional, le permite establecer vasos comunicantes con lo antropológico, lo sociológico y lo histórico manifestados y concretizados en la estructura del espacio. (Morales Lesseur, 2014:288).

Ya en el ámbito latinoamericano, Tovar sostiene que “la Geohistoria en términos del conocimiento, es una representación de la realidad a la cual tratamos de dar respuesta y donde se integran, por una parte, el espacio y por la otra el tiempo: las dos grandes variables del conocimiento científico social” (1986:63). Apunta, asimismo, que ella es fiel a la condición de pueblo como la solidaridad del grupo humano con su territorio, una comunidad estable, históricamente formada de lengua, territorio, vida económica, manifestada en la comunidad y en su cultura.

Tovar continúa en su definición:

La teoría de la geohistoria surge de una concepción geográfica que concibe el espacio como el producto concreto de la acción de los grupos humanos sobre su entorno natural, para su conservación y reproducción, dentro de condiciones históricas, antropológicas y sociológicas determinadas. Las mismas se resuelven en espacios particulares o regiones donde la sociedad se reproduce como unidades territoriales concretas en las cuales, mediante el aprovechamiento de los recursos y medios naturales de producción, los seres humanos aseguran su existencia, su reproducción social y biológica (Tovar, 1986:54-55, en Vargas-Arenas y Sanoja:45).

En ello, se da las bases para el planteamiento del Enfoque Geohistórico, el cual, según el mismo Tovar, (en Ceballos, 2007:25), argumenta que:

El enfoque geohistórico se desprende de la propia concepción geográfica que entiende al espacio como un producto concreto o síntesis de la acción de los grupos humanos sobre el medio ambiente para su necesaria conservación y reproducción; sujeto a condiciones históricas determinadas. No responde exclusivamente, sin desentenderse de ello, a la pura preocupación intelectual, a las que algunos acostumbra reducirle; es en esencia la concreción real del objeto geográfico y se impone en las tareas de la planificación social en virtud del rol en la identificación de los conglomerados humanos, en articular pueblos, estados y naciones.

Por otra parte, Santaella, (en Ceballos, 2007:28), en un intento de definir lo geohistórico afirma que:

Es la relación entre la geografía y la historia; una modalidad de interdisciplinariedad obligante en el estudio del espacio y su dinámica. Lo geográfico forma parte del proceso histórico y necesita de la historia para ser explicado socialmente. En consecuencia, lo geohistórico es proceso, contingente, activo. La geohistoria nos permite encontrar lo contemporáneo de la estructura espacial en cada período propuesto.

Para Sánchez y Sánchez (2011) el enfoque geohistórico se desprende desde una concepción geográfica, al concebir el espacio geográfico como un conjunto indisoluble donde se combinan objetos naturales y sociales. Por otra parte, aborda la vida que se desenvuelve en el espacio; las dinámicas que se desenvuelve, la sociedad en movimiento. El espacio geográfico aparece, entonces, como realizado, concebido y obedece a una dinámica espacial.

La dinámica espacial es, entonces, la funcionalidad de las relaciones y contradicciones existentes entre las estructuras económicas, sociales y espaciales, producto de manifestaciones entre las fuerzas económicas, políticas e ideológicas y de las externalidades en una formación socioeconómica (Santaella, 1989). En este sentido, expresa Aponte (2005) al tener por objeto de estudio los fenómenos sociales en su dimensión tiempo-espacial, evidencia el manejo de la unidad dialéctica designada como tiempo- espacio, la Historia (el tiempo y lo diacrónico), permite seguir la pista a las relaciones, contribuye a descubrir cómo se produce

el fenómeno; la geografía por su parte (el espacio y lo sincrónico) demuestra cómo la sociedad actúa sobre su medio; el andamiaje de estos dos procesos constituyen el análisis y la síntesis de la organización y la estructura del espacio.

Tiempo, espacio y cultura como categorías indisolubles de estudio

Mosonyi, (1982) considera que el estudio de la memoria de los pueblos, de sus territorios y de las relaciones humanas presentes en ellos, no puede ser visto como un elemento estático, sino que, al contrario, debe ser asumido como dinámicas en permanente transformación, relacionadas e interconectadas. Seres humanos en tiempos-espacios-vidas, cambiando sus lógicas, sus valores, sus códigos relacionales y ciudadanos, sus formas de organización para la satisfacción de sus necesidades, unos pueblos en convivencia y otros explotando, expropiando y valiéndose de otros (tanto adentro de su sociedad como hacia afuera) para sus intereses, pueblos de dominación.

Santos (2000) sostiene que a partir de la noción de espacio, como un conjunto indisoluble de sistemas de objetos y sistemas de acciones, es posible el reconocimiento de sus categorías analíticas internas. Entre ellas se encuentran: el paisaje, la configuración territorial, la división territorial del trabajo, el espacio producido o productivo, las rigurosidades y las formas-contenido. Del mismo modo, y con el mismo punto de partida, se plantea la cuestión de las delimitaciones espaciales, proponiendo debates sobre problemas como la región y el lugar, las redes y las escalas.

Elias (1989), mediante la palabra “tiempo”, el pensador se remite a la puesta en relación de posiciones y períodos de dos o más procesos factuales, en continuo movimiento; en los cuales los acontecimientos en curso son perceptibles, en tanto que constituyen una elaboración de percepciones que hacen los seres humanos con ciertos conocimientos. Por tanto, se considera que el concepto tiempo, como símbolo social comunicable que “en una sociedad determinada y con la ayuda de un modelo sensible formado por sonidos, puede comunicar de un hombre a otro la imagen mnemotécnica, experimentable, aunque no perceptible a los sentidos” (Elias, 1989:19).

En tanto que el espacio es donde se desenvuelven los seres humanos, todo espacio puede ser considerado, en consecuencia, como social Vargas-Arenas y Sanoja sostienen que la naturaleza de un espacio social determinado refleja el proceso de producción y reproducción de las relaciones sociales y es –en

sí mismo– una dimensión activa de la historia de las sociedades que viven en dicho espacio. Del mismo modo, al abordar la producción histórica de un espacio social en los procesos históricos, tratan de establecer la forma como se generan en el mismo las relaciones causales materiales de producción en su relación con los sujetos socioespaciales y, por otro, cómo se construyen las relaciones sociales en dicho espacio (Vargas-Arenas y Sanoja, 2012).

En este sentido, para efectos de los estudios geohistóricos, resulta fundamental la definición de dos categorías: tiempo y espacio, la primera como uno de los objetos centrales de la historia, en tanto que la segunda, de la geografía. Ambas, desde una perspectiva geohistórica, resultan indisolubles, donde una subordina a la otra constantemente, que definen el quehacer humano.

Santos plantea:

Tiempo, espacio y mundo son realidades históricas, que deben ser mutuamente convertibles, si nuestra preocupación epistemológica es totalizadora. En cualquier momento, el punto de partida es la sociedad humana en proceso, es decir, realizándose. Esta realización se da sobre una base material: el espacio y su uso, el tiempo y su uso, la materialidad y sus diversas formas, las acciones y sus diversos aspectos (Santos, 2000:47).

Por su parte, Elias:

Los conceptos de “tiempo” y “espacio” pertenecen a los medios básicos de orientación de nuestra tradición social. Entenderemos mejor su relación, si, una vez más, nos remontamos a la acción que subyace tras el sustantivo. “Tiempo” y “espacio” son símbolos conceptuales de ciertos tipos de actividades e instituciones sociales; permiten a los hombres orientarse ante posiciones o distancias entre estas posiciones que los acontecimientos de todo tipo toman tanto en su relación recíproca dentro del mismo proceso, como respecto de posiciones homólogas dentro de otro proceso, normalizado como medida... Las relaciones posicionales en “tiempo” y “espacio” son las relaciones entre sucesos observables que quedan en pie, cuando se prescinde de todos los posibles nexos de sucesos dentro de un específico orden de magnitudes (por ejemplo, galaxias y granos de arena o ballenas, hombres y bacilos), para después relacionar o “sintetizan” este residuo. Ambos conceptos se sitúan, por tanto, en un nivel muy alto de abstracción y síntesis

y expresan relaciones meramente posicionales de acontecimientos observables (1989:111).

Santos, siguiendo las líneas de Elias sobre el tiempo como sucesión de acontecimientos el llamado tiempo histórico, fue durante mucho tiempo considerado como una base del estudio geográfico. Sin embargo, el geógrafo brasileño se plantea la interrogante de que si es así o, por el contrario, el estudio geográfico no es “mucho más esa otra forma de ver el tiempo como simultaneidad, pues no hay ningún espacio en que el uso del tiempo sea idéntico para todos los hombres, empresas instituciones” (Santos, 2000:134).

Si rescatamos las ideas de estos autores, particularmente las de Vargas-Arenas y Sanoja (2012), en la que todo espacio es social, debido a la presencia humana y sus consecuentes interacciones, es oportuno, entonces, reconocer los procesos simbólicos³ que en el espacio se dan, por lo que consideramos el término “cultura”, categoría ampliamente definida desde la antropología. Un espacio no es neutro, vacío, en tanto que éste sea creado y representado por las comunidades humanas, lo habiten o no. Es la recreación de los espacios en los imaginarios y la representación de éstos, que no son una producción arbitraria de los individuos; son una construcción social, representaciones sociales⁴.

Según Tylor (en Kottak, 2007:42) se considera cultura a todo ese complejo que incluye conocimiento, creencias, arte, moral, derecho, costumbre y cualesquiera otros hábitos y capacidades adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad. Entretanto, Geertz define la cultura como ideas basadas en el aprendizaje cultural y en símbolos. Asimismo, las culturas son conjuntos de “mecanismos de control –planos, recetas, reglas, construcciones, lo que los técnicos en ordenadores llaman programas, para regir el comportamiento” (en Kottak, 2007:43). Por su parte, Kottak plantea que la cultura es un atributo no de los individuos per se, sino de los individuos en cuanto que miembros de grupos. Se transmite en la sociedad...Las creencias culturales compartidas, los valores, los recuerdos, las esperanzas y las formas de pensar y actuar pasan por encima de las diferencias entre las personas. La enculturación unifica a las personas al proporcionararnos experiencias comunes (2007:44).

3 Según Kottak, un símbolo es algo –verbal o no verbal-, que “arbitrariamente y por convención representa a otra cosa con la que no tiene que tener necesariamente una conexión natural” (2007:336).

4 Podemos decir que una representación social es “un conjunto organizado de cogniciones relativas a un objeto, compartidas por los miembros de una población homogénea en relación con ese objeto” (Flament, 2001:33).

En lo que respecta a las representaciones sociales, Abric (2001) resalta que el objeto (espacio, técnicas, entre otros) es reconstruido, de forma tal que resulta consistente con el sistema de evaluación –provisto por la cultura– utilizado por el individuo; por lo que se puede decir, por sí mismo un objeto no existe. Es y existe para un individuo o un grupo y en relación con ellos y las interacciones consecuentes. Así pues, la relación sujeto-objeto determina al objeto mismo. Una representación siempre es la representación de algo para alguien. Y como lo dice Moscovici, esta relación, “este lazo con el objeto es parte intrínseca del vínculo social y debe ser interpretada así en ese marco”. Por tanto, la representación siempre es de carácter social. (Abric, 2001:12). Entonces:

La representación funciona como un sistema de interpretación de la realidad que rige las relaciones de los individuos con su entorno físico y social, ya que determinará sus comportamientos o sus prácticas. Es una guía para la acción, orienta las acciones y las relaciones sociales. Es un sistema de pre-decodificación de la realidad puesto que determina un conjunto de *anticipaciones* y *expectativas*. (Abric, 2001:13).

La noción de espacio se conforma por tres propiedades básicas: identidad, o grado de distinción de un elemento con respecto al resto; estructura, o relación espacial o pautal de un objeto con el observador, y con los otros objetos; y significado, o valor emotivo o práctico de un elemento (un elemento puede contener en sí un significado mítico, social, económico, político, ancestral y patrimonial, o puede contener una significación utilitaria) (Villasante, citado por Carrero, 2004).

Es posible, entonces, hablar de una tríada tiempo-espacio-cultura, en la que unas a otras se subordinan e interrelacionan, definiendo el accionar de los seres humanos, en tanto individuos, como grupos sociales. Si asumimos el tiempo como una sucesión de acontecimientos, en movimiento de las acciones que se producen en un espacio, en donde se producen las distintas interacciones sociales, que son definidas por la cultura. No en balde, podemos aludir al espacio como producto cultural. El territorio es, entonces el resultado que nace de la interacción entre estructuras y relaciones socio-espaciales que la geografía social busca descifrar desde aspectos relacionales y multidimensionales; proyectando a cada actor social en medio de un confuso torbellino de referencias geográficas. La geografía social entonces, se esfuerza en trazar los itinerarios, los caminos a partir de los cuales se va dibujando la cotidianidad social y espacial, bajo los efectos conjuntos de su posición en la sociedad, de los modelos culturales, de la memoria colectiva y las diferentes relaciones sociales que dibujan un modo de concebir el espacio geográfico socializado (Di Meo, 1998).

¿Por qué reconstrucción geohistórica y no construcción?

La reconstrucción geohistórica parte del estudio local, en concordancia con los postulados de la microhistoria italiana (Levy, 2003), los estudios culturales (Burke, 2003) donde se busca el abordaje desde lo local, lo que permite “rescatar” la cotidianidad de las comunidades, quienes de uno u otro modo han sido silenciadas desde y por los grupos dominantes, sea de orden político o económico. Asimismo, la historia oral es un elemento importante dentro de lo que denominamos reconstrucción geohistórica, en tanto que a través de la oralidad se presentan un mar infinito de fuentes sobre la cotidianidad de las comunidades.

La reconstrucción e interpretación con las que pretendemos comprender y explicar los hechos y fenómenos del pasado puede expresarse en muchas escalas (Pasek de Pinto, 2006:86): desde la Microhistoria o historia parroquial hasta la historia mundial o universal. Para Troconis de Veracochea (1992:74) la Microhistoria constituye “el estudio integral de la vida de un grupo o una comunidad” En ese sentido, la autora sugiere que “podríamos hacer la historia de un pueblo, de un municipio, de una ciudad, de una minoría dentro de un grupo mayor, de una institución o de un lugar cualquiera” (op. cit.:77).

La microhistoria es, por esencia, una práctica historiográfica, mientras que sus referencias teóricas son múltiples y, en cierto sentido, eclécticas. El método, de hecho, se interesa ante todo y sobre todo por los procedimientos concretos y detallados que constituyen la obra del historiador, por lo que la microhistoria no es susceptible de definirse por relación con las microdimensiones de sus temas (Levi, 2003:119). En este caso, la microhistoria presenta el prefijo “micro” en tanto a la escala y delimitación espacial, mas no del abanico de temáticas abordables. Lo cultural, lo económico, lo social, lo festivo, lo religioso, entre muchos otros temas, son parte del abordaje de la microhistoria. Sin embargo, en gran parte de los estudios influenciados por esta corriente, el espacio se considera un elemento de delimitación, concentrándose en los aspectos sociales, en la que el espacio es un mero escenario.

La historia oral⁵, por su parte, es de gran importancia para reconstruir procesos socio-históricos a partir de la percepción y concepción de los prota-

5 La historia oral, implica la narración de hechos y sucesos pasados que son expresados a viva voz, con palabras y que, a su vez, permiten que salgan a la luz testimonios de personas desconocidas, “gentes sin historia”, fomentado la recuperación de la memoria histórica a través de las vivencias, las experiencias, las prácticas a lo largo de la vida, sensaciones vividas... y que son recogidas de manera escrita. (Jiménez, 2009, en Rodríguez García, Antonio; Luque Pérez, Rosa y Navas Sánchez, Ana, 2014:194).

gonistas, convirtiéndose el testimonio oral en un nuevo documento escrito, pues la entrevista es sistematizada, seccionada con un corpus preplanificado, basado en temas secciones que además es validado por expertos académicos (Lara y Antúnez, 2014). La historia oral tiene como técnica, fundamentalmente, la historia de vida dirigida a especialistas o experimentados en un área de conocimiento determinado, arrojando como resultando nuevos enfoques explicativos, ratificación de ciertos planteamientos científicos y nuevas interpretaciones históricas, sociales y antropológicas. Sin embargo, una de las críticas hacia los estudios desde la oralidad es, precisamente, el carácter limitante de las fuentes orales, tanto en que el entrevistado, no se sabe a ciencia cierta si nos miente, como en el relativamente corto alcance en el tiempo de la memoria oral –sólo podemos acceder a testimonios orales de personas vivas–, por lo que este problema ha de ser resuelto al recurrir a las fuentes escritas –sean oficiales, personales o hemerográficas–.

Es fundamentalmente de carácter localista en cuanto a escala, debido a que el abordaje sostenido y continuado en una comunidad es más factible si la misma es pequeña, por lo que delimitar espacios a escala micro permite “captar” los elementos constituyentes de la cotidianidad, que es lo que a diario viven las comunidades. Los estudios geohistóricos macro, sobre todo las denominadas historias nacionales, precisamente debido a su escala, tienen un alcance limitado y terminan representando exclusivamente a los intereses de los ostentadores del poder de turno. Entretanto, las vivencias de las comunidades quedan en el olvido, sea por omisión o intencionalidad.

Sin embargo, la escala local no tiene por qué menoscabar bajo ninguna circunstancia el abordaje de acontecimientos y procesos meso y macro que afecten a la comunidad sujeto de estudio; el espacio es un continuo, donde todas las comunidades son interdependientes unas de otras y son afectadas por los procesos desde los espacios meso y macro. Además, toda comunidad forma parte de un circuito regional que tiene sus dinámicas socioeconómicas particulares, que no pueden ser ignoradas. Lo anteriormente planteado coincide con esta frase:

La Historia Oral, al recoger los testimonios de “voces silenciadas”, fomenta en el alumnado el análisis de determinados grupos sociales, lo cual abre la puerta para trabajar otros temas en el aula como la exclusión social, el androcentrismo histórico, identificación de procesos de identificación con el “otro”, aproximación a sistemas y/o herramientas de inclusión, análisis reflexivos sobre prácticas educativas segregadoras, etc. El proyecto de historia oral promueve el debate y

la cooperación entre los estudiantes, permitiendo así el desarrollo de la capacidad lingüística tanto oral, como escrita (Rodríguez García, Antonio; Luque Pérez, Rosa y Navas Sánchez, Ana, 2014:196).

El abordaje, en una primera instancia se hace desde las visitas de campo, recurriendo al método etnográfico, propio de la antropología, ampliamente utilizado en las distintas ciencias sociales. Debido a que la etnografía implica un acercamiento longitudinal a las comunidades –durante un período sostenido de tiempo– justifica la escala micro de la reconstrucción geohistórica. Las representaciones sociales, los imaginarios, la construcción social del espacio son elementos clave, en el cual el método etnográfico, así como las categorías de análisis de la antropología es de valiosa ayuda. En ese sentido, la reconstrucción geohistórica constituye una necesidad de las comunidades por la conservación de la memoria de los primeros pobladores, de contar, pues, con una historia que incluya la cultura y el aspecto territorial del sector; esto es, que permita el reconocerse como entidad local con sus características propias en base al abordaje de la tríada tiempo-espacio y cultura.

Desde un punto de vista ontológico, la reconstrucción geohistórica se fundamenta en la concepción del ser humano como sujeto que construye y reconstruye su realidad. Por ello, la identificación de una determinada cosmovisión se origina al conocer la creencia que mantiene el investigador con respecto a la naturaleza de la realidad que se investiga. Ello obedece a una perspectiva que concibe al ser humano como ser viviente que construye y reconstruye permanentemente su mundo y su conducta mediante el uso del lenguaje y del pensamiento, que despliega su ser en un devenir necesariamente social, cultural e histórico. Por tanto, reconocemos a los seres humanos como co-creadores de su propia realidad, en la que participan a través de su experiencia, imaginación, pensamiento y acción.

Dado que desde el punto de vista gnoseológico, toda investigación científica tiene como base una determinada concepción filosófica del mundo, el conocimiento de la realidad debe ser precedido por la indagación acerca de la idea que se tiene de las realidades. El investigador puede observarse, entonces, como un constructor y reconstructor del ámbito investigativo, al ubicarse en una realidad social –o representación– como proceso geohistórico, en donde su acción continuamente produce y reproduce el mundo material, social y cultural en el cual vive.

Al referirnos a “reconstrucción” hacemos alusión a que el análisis y sistematización de la información por investigadores, o personas que no hayan

“vívido” directamente la experiencia sólo pueden armar las piezas del rompecabezas que no es más que la cotidianidad de los habitantes de una comunidad, quienes, al fin y al cabo son los que elaboran las piezas. Incluso, cuando los habitantes de la comunidad recrean sus vivencias a través de la memoria –rescatada vía oralidad– en ese ejercicio mental, se hace una reconstrucción, que pudiéramos considerar de primera mano, pero el investigador hace una reconstrucción de segunda, incluso, de tercera mano.

En este sentido, quienes construyen la historia son quienes la viven, en tanto que los que la analizan y sistematizan la reconstruyen. En este sentido, podemos hacer una analogía con la antropología interpretativa de Geertz (2003), en donde los escritos antropológicos son, en sí mismos, interpretaciones y por ende interpretaciones de segundo y tercer orden (Por definición, sólo un “nativo” hace interpretaciones de primer orden: se trata de su cultura.). De manera que son ficciones; ficciones “en el sentido de que son algo ‘hecho’, algo ‘formado’, ‘compuesto’ —que es la significación de fictio—, no necesariamente falsas o inefectivas o meros experimentos mentales de ‘como si’” (2003:28). Los historiadores identificados dentro de la escuela de los *Annales*, en especial después de 1968, momento a partir del cual se le atribuye a la cultura como un elemento de análisis en los estudios históricos –si bien con matices distintos a la antropología en algunos casos–, reconocen que hacen es una reconstrucción de los procesos históricos, una aproximación a lo que pudo haber sucedido.

Consideraciones finales

A pesar de que es a fines del siglo XX que se empieza a desplazar, progresivamente, el paradigma cuantitativo y el modelo de pensamiento positivista-empirista en favor del paradigma cualitativo y un modelo intersubjetivista, ya desde mediados de la centuria pasada se habían gestado movimientos que desafiaban a las corrientes de pensamiento vigentes en su momento. En el caso de las ciencias sociales, el marxismo, estructuralismo, funcionalismo, constructivismo, entre otros presentaron alternativas de ver la ciencia, sobre todo reconocidas a partir de la posmodernidad.

El modelo de ciencia pregonado desde el siglo XIX como conjunto de saberes especializados y delimitados tanto en sus objetos de estudio como en métodos es puesto en tela de juicio con las tendencias inter y transdisciplinarias, que lejos de pretender crear nuevas ciencias, buscan integrar los saberes, partiendo del principio de totalidad sobre las realidades, por lo que éstas deben ser abordadas como totalidad. En cuanto a ciencias sociales se refiere, contamos con la

etnohistoria y, en especial la geohistoria, que busca más que la integración de la historia y geografía o la creación de una nueva disciplina, el estudio del tiempo y espacio como elementos interdependientes e indivisibles.

Tiempo y espacio no pueden ser abordados de manera separada, si lo que queremos es lograr un abordaje o aproximación partiendo de la totalidad, en tanto que ambas categorías son interdependientes y subordinadas a la cultura, en tanto que el ser humano es un “animal social” que interactúa en los espacios, los acontecimientos transcurridos son producto de la transmisión y replicación de las representaciones sociales en un espacio dado, el cual sus características físicas determinan hasta cierto punto las pautas de comportamiento de las comunidades.

Partiendo de las ideas anteriores, a través de la reconstrucción geohistórica se pretende hacer una aproximación a las comunidades desde una visión de la totalidad, pues la cotidianidad de las localidades acontece en una totalidad, no en modelos parcelados. En este sentido, es necesario mantener una escala micro para la realización de estudios longitudinales, en períodos constantes y sostenidos, que permitan captar las representaciones e imaginarios en torno a sus acontecimientos y espacios. En este caso, el investigador hará aproximaciones, de segunda y tercera mano –incluso– dado que son los actores sociales, las comunidades quienes viven y reconstruyen sus experiencias de primera mano.

Referencias

Bibliográficas

- ABRIC, Jean-Claude (2001). *Las representaciones sociales: aspectos teóricos*, en ABRIC, Jean-Claude (Comp). **Prácticas sociales y representaciones**. México: Ediciones Coyoacán.
- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio (2005). *Antimanual del mal historiador o cómo hacer hoy una buena historia crítica*. México: Contrahistorias.
- APONTE, Elizabeth (2005). La praxis docente en el Liceo Bolivariano. Instituto Pedagógico de Barquisimeto, UPEL. III Jornada Nacional estudiantil de Investigación Geohistórica.
- ARECES, Nidia R. (2008). *La etnohistoria y los estudios regionales*. **Andes**, núm. 19, pp. 15-28.

- BURKE, Peter (2003). *Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro*, en BURKE, Peter (Ed.). **Formas de hacer historia**. Madrid: Alianza Editorial.
- BROM, Juan (2003). *Para comprender la historia*. México: Grijalbo.
- CARRERO, Mauro (2005). *Espacialidad y musicalidad en el casco central de Maracaibo*. **Revista de Artes y Humanidades UNICA**. Año 6 N° 13 / Mayo-Agosto, pp. 103-130.
- CEBALLOS, Beatriz (2007). *La formación del espacio venezolano. Una propuesta para la investigación y enseñanza de la Geografía Nacional*. Caracas: Fondo Editorial de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador.
- DELGADO, Freddy y RIST, Stephan (2016). *Las ciencias desde la perspectiva del diálogo de saberes, la transdisciplinariedad y el diálogo intercientífico*; en DELGADO, Freddy y RIST, Stephan (Eds.) **Ciencias, diálogo de saberes y transdisciplinariedad. Aportes teórico metodológico para la sustentabilidad alimentaria y del desarrollo** (pp 35-60). La Paz (Bolivia). AGRUCO-CLACSO.
- DI MEO, Guy (1998). *Géographie sociale et territoires*. Paris: Fac. Géographie.
- ELIAS, Norbert (1989). *Sobre el tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- FLAMENT, Claude (2001). *Estructura, dinámica y transformación de las representaciones sociales*; en ABRIC, Jean-Claude (Comp.). **Prácticas sociales y representaciones**. México: Ediciones Coyoacán.
- GARCÍA, Rolando. (2006). *Sistemas complejos. Conceptos, método y fundamentación epistemológica de la investigación interdisciplinaria*. Barcelona (España): Gedisa.
- GEERTZ, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona (España): Gedisa.
- KOTTAK, Conrad Phillip (2007). *Introducción a la Antropología Cultural*. Madrid: Mc Graw Hill.
- LARA, Pablo y ANTÚNEZ, Ángel (2014). *La historia oral como alternativa metodológica para las ciencias sociales*. **Revista de Teoría y Didáctica de las Ciencias Sociales**, núm. 20, enero-diciembre, pp. 45-62.

- LEVI, Giovanni (2003). *Sobre microhistoria*, en BURKE, Peter (Ed.). **Formas de hacer historia**. Madrid: Alianza Editorial.
- MORALES LESSEUR, Omar (2014). Epistemología de la Geohistoria. *Geoenseñanza*, Vol. 19, 2014 (2) julio - diciembre / p. 283-288.
- MOSONYI, Esteban Emilio (1982). *Identidad nacional y culturas populares*. Caracas: La enseñanza viva.
- PASEK DE PINTO, Eva (2006). ¿Cómo construir categorías en Microhistoria? **Revista de Artes y Humanidades UNICA**, vol. 7, N° 16, mayo-agosto. pp. 85-96
- RODRÍGUEZ GARCÍA, Antonio; LUQUE PÉREZ, Rosa y NAVAS SÁNCHEZ, Ana (2014). *Usos y beneficios de la historia oral*. **Reidocrea**, Vol 3, Art. 24, pp. 193-200.
- SÁNCHEZ, Cristian y SÁNCHEZ, Any (2011). *Aproximación al estudio geohistórico del sector noreste de la parroquia El Paraíso, municipio Libertador, Distrito Metropolitano de Caracas*. **CONHISREMI, Revista Universitaria de Investigación y Diálogo Académico**, vol. 7, N° 2.
- SANTIAGO RIVERA, José Armando (2005). *La reconstrucción del proceso geohistórico: una opción para enseñar geografía con el apoyo de los fundamentos históricos*. **Educare**, Vol. 9, N° 3, pp. 63-81
- SANTOS, Milton (2000). *La naturaleza del espacio. Técnica y tiempo. Razón y emoción*. Barcelona (España): Ariel.
- VARGAS-ARENAS, Iraida y SANOJA OBEDIENTE, Mario (2012). *Una lectura geohistórica: Hacia la construcción del estado popular comunal*. Caracas: Escuela venezolana de planificación.